

UN VÍATUM EN LA ARAUCANÍA.

(Episodios de las guerras con los indios araucanos)

(Dedicado al teniente-coronel graduado don A. Villarreal segundo comandante del batallón 4.º de línea, por un antiguo compañero de armas).

En uno de los últimos días de abril de 1868, partía del Cuartel General de Angol para el interior de la tierra araucana, un piquete de cinco hombres pertenecientes al batallón 4.º de línea.

El comandante del piquete era un cabo, 1.º de hasta 25 años de edad.

Su fisonomía física no llamaba menos la atención que su fisonomía moral.

De tez pálida, ojos humildes pero penetrantes siempre que se detenían en un instante en mirar, ancha y apacible frente, de estatura mediana, pero que en su andar revelaba la seriedad, la mesura, la discreción. Era melancólico, reservado, retraído. Gustábase el silencio y la soledad para dar expansión y vuelo a su alma en consideraciones en que nada interesaba a la materia.

Su afición a la lectura era por demás estremada. Siempre se le encontraba con libros en sus manos.

No olvidaba la Biblia, este libro inspirado por Dios para la dirección de nuestras acciones; ni rehusaba tampoco devorar sus páginas al libro más malo que ha salido de las manos de hombres: El Sistema de la Naturaleza.

La existencia de un Ser Superior, de una Inteligencia Latente; niega a Dios. Como consecuencia de esto, no existe tampoco esa centella divina que se llama ALMA HUMANA.

Y si decidiera algunas horas para leer la Imitación de Cristo, filosofía sublime, y lo mejor que haya concebido el entendimiento humano; tampoco desdenaba hojear las Ruinas de Palmira, escrito horroroso que trata de negar la conciencia individual y de consiguientemente toda sanción moral. Ni era menos la atención que prestaba a la lectura de Las Mareas o Castillo Interior, obra de misteriosa teología, que al Contrato Social, libro que preparó uno de los acontecimientos más grande de la humanidad: la Revolución Francesa.

Hemos dicho que era melancólico. Sin duda esta cualidad sería la causa por que conservaba y sabía casi de memoria las Noches de Cadalso, las Noches de Jung, las Noches de Cervantes y Los Sepulcros de Harvey; obras todas de espíritus tristes y tristes, de seres sombríos y melancólicos.

Era, pues, un pastor y melancólico. En este militar, si pasión puede llamarse a lo que alimenta el espíritu y cultura el entendimiento.

He ahí el retrato de uno de los personajes de nuestra historia.

El murmurio de las aguas, el canto de las aves, era lo único que interrumpía el silencio sepulcral que reinaba en lo que se llamó después la "Línea del Malleco".

Si algunas familias indígenas moraban por las riberas del río Malleco, eran en un pequeño número y estaban tan distantes las unas de las otras, que siempre aquellos sitios podían denominarse "agrestes soledades".

Pero llega el año de 868 y el silencio se cambia en bullicio y la soledad en poblaciones.

Un ejército de mil quinientos hombres se espesce en una extensión de estorces leguas, y en ambas márgenes de aquel río forma un cordón de fuertes.

Cuarteles solamente al principio, rodeados únicamente de dos o tres barracas que servían de habitaciones a las familias de algunos soldados, hoy, después de diez y seis años, se levantan florecientes, industriosos y progresistas pueblos.

La barbarie ha huido dejando su lugar a la civilización.

El lugar en que impune se perpetraba el robo y se consumaba el asesinato, por el indio indomito y salvaje, es el punto en que actualmente tiene su asiento el trabajo; en que se erigen templos al Criador y escuelas para desterrar la ignorancia.

Era de suponerse que los indios dueños de los terrenos en que se construían los establecimientos militares, y las demás que por allí existían, mirasen con desagrado que jente civilizada se aposentase para ser sus vecinos.

El robo, la crápula, la lascivia, ya no serían sus diarias entretenimientos; tendrían que amoldarse a las costumbres suaves, finas y delicadas de la jente civil; deberían sujetarse a la ley que les restringiría sus bárbaras costumbres. Comprendiendo que el reinado del vicio iba a concluir entre ellos, tomaron la resolución de oponerse a todo lo que significara adelanto, progreso y civilización.

Con estos motivos se coaligaron los caciques, teniendo como toqui o jeneral, al cacique bravo y más cocido Quillapan, para hacer armas contra el ejército que trabajaba en tantos trabajos.

Basta, cabo, que no puedo contestarte a tantas palabras.

—Pero ahora créame conmigo que si el sol no tiene voluntad para ejecutar un movimiento, ha necesidad de una voluntad para que se lo ordene. A quien obedece el sol y todas las criaturas es a Dios.

—A mí me han enseñado así mis antepasados.

—Cuando lo que se enseña es un error, ha la obligación natural de no admitirlo.

—Puede ser. Pero dime ¿de muchas mentiras nunca se ha formado ni una verdad?

—¡Jamás! replicó el cabo, riéndose de la feliz ocurrencia del cacique.

Porque no siendo de nuestra naturaleza, carece de eso que se llama inteligencia que es lo que nuestros pensamientos, discernimientos, formamos nuestros juicios, que decimos...

—Basta, cabo, que no puedo contestarte a tantas palabras.

—Pero ahora créame conmigo que si el sol no tiene voluntad para ejecutar un movimiento, ha necesidad de una voluntad para que se lo ordene. A quien obedece el sol y todas las criaturas es a Dios.

—A mí me han enseñado así mis antepasados.

—Cuando lo que se enseña es un error, ha la obligación natural de no admitirlo.

—Puede ser. Pero dime ¿de muchas mentiras nunca se ha formado ni una verdad?

—¡Jamás! replicó el cabo, riéndose de la feliz ocurrencia del cacique.

Porque no siendo de nuestra naturaleza, carece de eso que se llama inteligencia que es lo que nuestros pensamientos, discernimientos, formamos nuestros juicios, que decimos...

—Basta, cabo, que no puedo contestarte a tantas palabras.

—Pero ahora créame conmigo que si el sol no tiene voluntad para ejecutar un movimiento, ha necesidad de una voluntad para que se lo ordene. A quien obedece el sol y todas las criaturas es a Dios.

—A mí me han enseñado así mis antepasados.

—Cuando lo que se enseña es un error, ha la obligación natural de no admitirlo.

—Puede ser. Pero dime ¿de muchas mentiras nunca se ha formado ni una verdad?

—¡Jamás! replicó el cabo, riéndose de la feliz ocurrencia del cacique.

—Pronto te enviaré un cordero para que tu jente recupere la fuerza perdida. Mientras tanto, tendrán como casa esa yuca, y ahí dormirán. En cuanto a ti, recibirás de mi mesa tu comida, y podrás alojarte en mi casa.

—Lo primero admito, pero no lo segundo; en la milicia no se puede abandonar ni un instante a los soldados.

Con esto concluyó la primera entrevista entre el cacique y el cabo.

El cacique M era un hombre de 55 años de edad. De despejada frente, ojos brillantes, labios delgaditos. Todo el conjunto era hermoso y significativo. En su juventud había sido un cona, esto es, un valiente; y blandiendo continuamente su lanza, había tenido en constante alarma a los pueblos fronterizos. Con la edad le habían llegado el consejo y el buen juicio; por esto le veíamos ahora recogido y amigo del orden y respetoso de la ley.

En la tarde del día en que llegó el piquete, el cacique llamó al cabo y le dijo:

—Si no caen en nuestro poder los que os atrevesen a robar y quitarme mis tierras, dentro de dos días haré sacrificio a quien nos mira desde arriba para que los ponga a mi disposición. Por esto te pido el servicio que los soldados venen esta noche ora aquí, para dar caza a los ladrones si vuelven; ora allá en los bosques si todavía allí estuvieren.

—Así lo haremos.

Estas palabras se repitieron por tres veces pero sin resultado alguno.

V. En la madrugada del día siguiente al de la última entrevista, el cacique tuvo con el cabo la siguiente conversación:

—Crees tú que yo no caerán en mi poder los malcheros?

—Así me parece. Ellos estarán mi lejos.

—Entonces mañana, en las primeras horas del día, en aquel lago que allá se divisa, se reunirán no solo mis moctones sino todos los caciques con sus respectivas tribus para pedir al dios que nos alumbré, el castigo de los hombres que se atrevieron a atropellar mi autoridad y deshonrar mi vejez; espero que tú y tu jente me ayudarán en esta fiesta india.

—Para asistir a la fiesta india?

—Sí; nuestras costumbres nos ordenan que celebremos un viñatium o especie de ruego que hacemos para aplacar la ira o pedir fuerza a aquel que aparece diariamente por la cortadura y se oculta en el mar.

—No tengo inconveniente para asistir, díjole el cabo. Desconocía las costumbres de los hombres de la naturaleza.

El cabo que comprendía el espíritu de ridiculizar de los indios, dijo a sus soldados que era menester amoldarse en algo a los ritos indígenas y que para cuyo fin, introdujeran dentro de la bota la parte inferior del pantalón, cuyo color era celeste, y que las medias quedaran sobre el pantalón. Así que el vestuario militar quedó por demas pintoresco, es decir, desde la cabeza hasta la cintura, color plomo, puesto que el quepi y chaqueta eran de este color; desde la cintura hasta las rodillas, azul celeste; desde las rodillas hasta la mitad de la pantorrilla, blanco; y desde allí para abajo negro.

Al día de mañana el cacique llamó al cabo y le dijo:

—¿Estás preparado para la fiesta?

—Desde hace una hora.

—Bien. Desce que allá, cuando todos los caciques con sus indios se hubieren reunido, descargues tus flechas para dar solemnidad a la función y ser más grato al dios que pronto aparecerá con su carro ríueta.

—Satisfaré sus deseos; pero quiero me diga a cual dios desea serle grato?

—Al que hace que nuestras sementeras maduren y que, apareciendo por un lado, nos alumbré, para dejarnos en la oscuridad cuando se oculta por el otro.

—Si es por esa criatura insensible, sin inteligencia, no temo a nosotros nos han enseñado que el sol obedece a un ser vivo, a un Espíritu Latente, al Criador de todo lo que vemos; a Dios único y verdadero. Si a usted le parece que el sol ejecuta el aparente movimiento por voluntad propia, está en dos errores: primero, el sol no se mueve sino que es la tierra; y segundo, que siendo criatura está sujeto a su Criador. Luego, si suponemos por un instante que el sol tiene movimiento, lo hace por voluntad de Dios y no porque el sol quiera moverse.

—Nunca había oído tales razones, pero ¿quién te lo ha dicho a tí?

—La luz natural, o la razón individual; siendo el sol un ser irracional, sin inteligencia, ni pensamiento; no puede formar raciocinios, ni cálculos; luego, no puede discurrir cómo hacer un movimiento. Ahora, no te teniendo voluntad para querer o desoír este o aquel movimiento, no puede ejecutarlo...

—¿Por qué no tiene voluntad? interrumpió el cacique.

Porque no siendo de nuestra naturaleza, carece de eso que se llama inteligencia que es lo que nuestros pensamientos, discernimientos, formamos nuestros juicios, que decimos...

—Basta, cabo, que no puedo contestarte a tantas palabras.

—Pero ahora créame conmigo que si el sol no tiene voluntad para ejecutar un movimiento, ha necesidad de una voluntad para que se lo ordene. A quien obedece el sol y todas las criaturas es a Dios.

—A mí me han enseñado así mis antepasados.

—Cuando lo que se enseña es un error, ha la obligación natural de no admitirlo.

—Puede ser. Pero dime ¿de muchas mentiras nunca se ha formado ni una verdad?

—¡Jamás! replicó el cabo, riéndose de la feliz ocurrencia del cacique.

Porque no siendo de nuestra naturaleza, carece de eso que se llama inteligencia que es lo que nuestros pensamientos, discernimientos, formamos nuestros juicios, que decimos...

—Basta, cabo, que no puedo contestarte a tantas palabras.

—Pero ahora créame conmigo que si el sol no tiene voluntad para ejecutar un movimiento, ha necesidad de una voluntad para que se lo ordene. A quien obedece el sol y todas las criaturas es a Dios.

—A mí me han enseñado así mis antepasados.

—Cuando lo que se enseña es un error, ha la obligación natural de no admitirlo.

—Puede ser. Pero dime ¿de muchas mentiras nunca se ha formado ni una verdad?

—¡Jamás! replicó el cabo, riéndose de la feliz ocurrencia del cacique.

Porque no siendo de nuestra naturaleza, carece de eso que se llama inteligencia que es lo que nuestros pensamientos, discernimientos, formamos nuestros juicios, que decimos...

—Basta, cabo, que no puedo contestarte a tantas palabras.

—Pero ahora créame conmigo que si el sol no tiene voluntad para ejecutar un movimiento, ha necesidad de una voluntad para que se lo ordene. A quien obedece el sol y todas las criaturas es a Dios.

—A mí me han enseñado así mis antepasados.

—Cuando lo que se enseña es un error, ha la obligación natural de no admitirlo.

presidía; en consecuencia todas las órdenes eran impartidas por él.

Recibió, pues, el cabo la orden de descargarse los flechas; las cinco balas dieron en una colina cercana, llamando la atención de los indios al rebote de ellas; con este motivo el piquete fué bien atendido, por ser dueño, como decían aquellos, de los truenos: haciendo alusión al estampido.

(Continuará)

J. C. C.

CARLOS DICKENS. Su vida íntima.

La hija mayor del ilustre romancista inglés, acaba de publicar en el "Cornhill Magazine" un artículo en el que ha publicado algunos datos sobre las relaciones de Dickens con sus hijos, el modo de trabajar del autor y el cómo se identificaba con sus personajes.

He aquí las principales partes de ese artículo, compuesto de una serie de notas desmenuadas.

Mi padre era adorado por los niños, de los que con maravillosa intuición adivinaba el carácter y los gustos; usaba para con ellos un trato seductor, con una alegría comunicativa, y en todas sus pequeñas penas encontraba en el afectuosa simpatía que los inspiraba confianza.

He visto séis, uñaos con los desconocidos, y sin embargo, a él le tendían los brazos, o le daban la mano y hasta se iban corriendo a su lado. Con sus propios hijos era a veces más severo que con los extraños; no obstante no había uno de nosotros que no le pidiera un consejo o una ayuda, sabiendo que no había pena demerced pequeña para no merecer su atención. Cuando se trataba de un pedido cualquiera, la memoria de sus hijos, a quien Dickens quería mucho, era la enviada por los otros niños, y siempre volvía triunfante.

Nosotros considerábamos esa biblioteca como a una pieza misteriosa, que nos inspiraba gran terror; en tanto que mi padre trabajaba, nadie tenía permiso para entrar allí.

Teníamos orden de hacer el menor ruido posible si pasábamos delante de la puerta y de dejar de gritar en los alrededores.

Mi madre, cuando la familia se instaló en Tavistock-House, una de sus hijas tuvo una dolorosa enfermedad que duró mucho tiempo, y después de una crisis bastante penosa Dickens tuvo la idea de hacerla transportar en un canapé a su biblioteca y dejarla descansar allí mientras él trabajaba.

La enferma fué bastante dichosa con esa concesión y es seguro que aunque la debilidad no la hubiese obligado, ella habría permanecido tan tranquila y silenciosa como entonces.

Durante algún tiempo no se oyó otro ruido en la pieza que el de la pluma corriendo rápidamente sobre el papel. De pronto Dickens se levanta, corre hacia el espejo, y se dirige de nuevo al escritorio, en donde escribe algunas palabras, después volviendo al espejo se pone a hablar con su imagen, o más bien a la expresión que la animaba, tratando de hacerla tan verdadera como fuese posible, antes de describirla; en seguida vuelve otra vez al escritorio. Poco después, se levanta otra vez, mas de espaldas al espejo, y habla bajo y con volubilidad durante largo rato mirando a su hija; pero probablemente sin verla y contentándose en seguida en su escritorio, continúa escribiendo hasta la hora de almorzar. Era extraño verlo abandonar su propia persona para encarnarse en la que describía.

Continuamente, después de haber escrito toda la mañana, venía almorzar (cuando estábamos en familia) sin decir una sola palabra, y así volvía a su obra que lo absorbía por completo. También había ocasiones en que tenía tan tirantes los nervios, que el golpe de una silla contra otra o la caída de una cucharita al piso, parecían producir verdaderos tormentos. Por lo demás, cuando escribía no podía tolerar ningún ruido; hacia una guerra sin cuartel a los tocadores de organitos y a todos los otros músicos ambulantes...

Cuando había en casa retención de niños él era quien dirigía todo. Era mi función de prestidigitador y jeneralmente el día de Reyes—aniversario del nacimiento de su hijo mayor—se vestía de mago, y encantaba a los pequeños espectadores con cuentos llenos de diablura y con sus juegos variados y entretenidos. Antes de una de estas fiestas, cuando sus dos hijas todavía eran chiquillas, quiso que ellas enseñasen la polka, a él y a su amigo John Lech, el caricaturista. Esas lecciones de dos niñas a dos hombres, tenían algo de cómico, pero los cuatro interesados conservaban una gravedad solemne. De continuo, cuando la lección terminaba, Dickens se ensayaba solo... La noche de la fiesta los dos maestras de danza, estaban bastante inquietas, pero los dos discípulos, dieron un buen resultado.

Carlos Dickens, no era solo un gran actor, sino también un director y un apunador incomparable. Todos los miembros de su compañía le tenían. En los ensayos se trabajaba firme, y cuando todo no iba bien había lágrimas jeneralmente. Era sabido que no se jugaba y que tenían que tomarse las cosas seriamente. Dickens ocupaba la pieza entera de memoria, y se encarnaba en cada uno de los personajes...

Mi padre era pasionista por los animales y sobre todo a los perros. ¡Madama Bonner era una perrita blanca de Pomerania de color blanco y negro! Cuando ella estaba en la pieza entera de memoria, y se encarnaba en cada uno de los personajes...

Uno de los perros que tenía un nombre peculiar era un perro de Pomerania de color blanco y negro. Cuando ella estaba en la pieza entera de memoria, y se encarnaba en cada uno de los personajes...

Los indios no presentaban nada de notable en su manera de vestir, si se exceptúa el trenzado o un pañuelo de colores de color rojo que emplean para sujetarse sus largos cabellos.

En el centro del círculo el cabo hizo hacer un pabellón con los flechas de los soldados, poniendo sobre él una banderilla blanca para manifestar que él y los suyos eran hombres de paz.

La concurrencia india en el instante de ver a los soldados vestidos del modo que hemos dicho anteriormente, aplaudió fríamente; y volvió tanto su entusiasmo que formó una crítica tan descomulgada e informal que los oídos míos acortunados quedaron por largo rato reteniendo los sonidos.

Luego que el piquete recibió esta ovación cumplió con la ceremonia de dar tres vueltas consecutivas al rededor del círculo, en señal de deferencia y respeto a todos los que lo componían. Cada tribu que llegaba al sitio de la función, hacia lo mismo: pero en algunos caballos, hacían las vueltas a la carrera, blandiendo sabias, machetes, puñales etc., y formando una barahunda indescriptible.

Como esta función había sido promovida por el cacique M, él era el que recibía los aspectos de los demás caciques y él era el que

cerró su libro y se puso a jugar con él hasta el momento de acostarse.

No transjira con la idea de tener que despedirse de alguien y se injeniaba de mil maneras para evitar este momento enojoso. Siempre había tenido las mismas ideas, y en uno de sus primeros romances: El vendedor de curiosidades ha escrito:—Por qué no es más soportable la separación moral que la separación física? Por qué tenemos fuerza para alejarnos y no para despedirnos?

Los que saben cuán penosa era para Dickens la despedida; los que lo han querido, están agradecidos de que una muerte repentina, imprevista, le haya evitado el dolor del último adiós.

Los que saben cuán penosa era para Dickens la despedida; los que lo han querido, están agradecidos de que una muerte repentina, imprevista, le haya evitado el dolor del último adiós.

EXTERIOR

Escuadra Argentina. Roda de Montevideo, Marzo 4 de 1885.

Hace tiempo que tenemos una escuadra mas o menos numerosa, que parece responder a las previsiones de nuestros hombres de Estado respecto de la posibilidad de una guerra con algunos de los estados vecinos.

Una nación que tiene gran extensión de costas, debía naturalmente proveerse de los elementos adecuados para su vigilancia y su defensa, en caso necesario.

Así, desde Sarmiento que fué el iniciador de la marina nacional de guerra de acuerdo con los adelantos modernos, los gobiernos se han preocupado siempre de ir aumentando poco a poco nuestro poder naval.

Parece que hoy, si bien no estamos en primera línea, tenemos un número de buques apropiados a la defensa del país en el caso poco probable de una guerra.

Pero, naturalmente, los buques no marchan solos; y en marina de guerra como en todo lo demás, la eficacia del instrumento movido por el esfuerzo de la voluntad humana depende más de su aspecto formidable de la habilidad con que es dirigido.

Esto es cosa averiguada de mucho tiempo atrás.

Los grandes máquias de guerra que aseguran el predominio del hombre sobre el líquido elemento, son de una resistencia y de un poder matemático, pero aún no ha llegado la perfección al punto de hacer que esas máquias funcionen automáticamente por la dirección que les imprime el jeso o el ademán, formas visibles de la voluntad. De ahí que sea siempre una necesidad primordial el dotar a los buques de marinos, hombres de condiciones múltiples y especiales "Estos es la filosofía porroguliana."

Los hombres en jeneral no nacen con sus aptitudes desarrolladas para un objeto particular, y sus predisposiciones naturales han menester, por desgracia, de un cultivo más o menos prolongado para que el fruto cuaje sazonado y jugoso.

Consecuencia de este principio que cuenta hoy con el asentimiento universal, han sido las diversas ejercicios ordenadas a la escuadra, para ejercitarse en las maniobras náuticas y en las evoluciones propias para hacerla desempeñar un papel eficaz en una guerra marítima.

Estas medidas han requerido algún tiempo para ser adoptadas. Así, hasta hace poco tiempo, la existencia de la escuadra sola era notada prácticamente por las diversas cuentas pasadas por la empresa de diques de San Fernando, siendo uno de los inconvenientes de la fuerza naval el que necesitase cada cierto tiempo limpiar sus fondos, lo que no acontecía con la fuerza de tierra, que limpia los suelos, aun cuando con más frecuencia, sin duda alguna, con más economía.

Otro de los medios por los cuales se nos ha dado a saber, de cuando en cuando, que nuestra marina continuaba existiendo, han sido las fiestas oficiales, los paseos a bordo, a los cuales hemos tenido el gusto de ser invitados varias veces, derramándose en estas oportunidades, verdaderos entusiasmos en la memoria de los marinos que eran solicitados para ejecutar las maniobras ante la concurrencia.

Estas fiestas han sido muy útiles, porque si esa renovación de los recuerdos en la tripulación ignora sabe si en un caso de necesidad, producido repentinamente, se hubiera acordado de ejecutar las maniobras?

Además, en las fiestas se introducía cierto elemento de emulación entre los oficiales y marinos, porque al día siguiente, los cronistas contaban en todos los diarios que la "maníobra había sido perfectamente llevada a cabo, quedando la distinguida concurrencia muy satisfecha". Lo cual significaba que no se había producido naufragio, ni los cañones habían estallado. Esto ha dado siempre tono y nervio a nuestra marina; y creemos, por lo tanto, que es una práctica que no debe abandonarse.

Además, no se ha limitado tampoco la escuadra argentina a probar que sus tripulantes y jefes eran buenos y amables anfitriones, sino que por el contrario, ha probado que sabía mezclar a las galas distinguidas del salón las artes temibles de la guerra. Todos recordamos aquel ensayo de lanzamiento de torpedos, cuyo resultado fué tan brillante que hasta el mismo Presidente de la República estuvo a punto de volar con su cuerpo entero de Ministros; esto sin contar los varios heridos que resultaron. Por ahí pudimos ver que teníamos en la escuadra un jumento y un toro feroces, pues de tan grande, apenas se podía hacer mal al enemigo, sin causar destrozos entre sus mismos compañeros o inocentes espectadores.

Probóse más adelante que la marina argentina no quería adherir como una ostra a su banco, al dique seco de San Fernando, lugar hasta entonces donde se habían ofrecido las fiestas venecianas y aun los ensayos de torpedos. Hizo valientemente hacia la mar, logrando llegar a Bahía Blanca con bastante facilidad; y aquí comenzó el ciclo de las evoluciones que tan brillantemente ha emprendido, hasta el momento presente en que fundada en Montevideo, su aspecto solo arranca bridas fraternales al Ministro de Chile en Montevideo.

En Bahía Blanca hizo la tripulación, ejercicio de fusilería, mientras los buques eran visitados por los representantes de la prensa local y por la sociedad bahiense, con lo cual se obtuvo que todos quedaran satisfechos de las grandes comodidades de los buques, y pasados de sus formidables cañones, con los cuales no se hizo fuego, por considerarse innecesario, dada su solidez y las célebres cascas inglesas que los han contruido. Ahora, sus evoluciones en la bahiense playa de los Peñones, formando el fondo de fondo que necesitaban para sus fiestas venecianas los afortunados bahienses de aquel célebre paraje. Allí seguían sabemos por detalles de origen sereno, y aun por la misma prensa oriental, la escuadra hacia evoluciones diarias que mantenían en actividad la tripulación y atraen numeroso jente a la playa, siendo muy curiosa la manera con que los buques salen algo atenuados, en líneas ondulantes o salientes, y tornan a la playa en líneas salientes o entrantes mientras los fejes se ocupan en pescar el ríu-

mo pejerri y la sabrosa corbina con que el ciclo ha favorecido a los orientales.

Del punto de punta internacional, igualmente, estas evoluciones de la escuadra argentina no dejarán de encontrar un eco significativo en el gabinete de San Cristóbal y en Santiago de Chile. Estos vecinos a los que comunmente se presta intenciones hostiles, comprenderán que en un caso de conflicto, no se llevarán por delante a nuestros marinos, pues ellos no descansan en su tarea de fortalecerse por el ejercicio y hasta por los buenos alimentos. Es cosa averiguada que el pescado es uno de los animales que contiene mayor cantidad de materias azoadas, y que nuestro marino, aquí en Montevideo como en sus fundaderos, no olvidan esta preocupación del soldado moderno manteniendo en actividad el estómago.

Mucho pejerri y poca conserva sistema Romani, he aquí dos triunfos en una sola batalla.

En esto no ha nada que discrepe en el mínimo de las mas modernas verdades fisiológicas.

En efecto, llegan algunos médicos a afirmar que el centro de la economía es el estómago, y que seque los alimentos que en él se injeran, puede modificarse hasta el carácter del individuo.

Muñben hecho por lo tanto el de dar buques y vigorizar el cuerpo como medida previa, para mas tarde dedicarse a las evoluciones náuticas, que no son posibles sin cierto grado de robustez en los marinos.

La influencia del alimento va de par también con la raza.

Los sajones suelen ser muy afectos a la calma y a la reflexión, y suelen hacer sus campañas y librar sus batallas con demasiada observancia de las reglas militares. Nosotros que somos de raza latina, hacemos bien en dar a nuestros marinos banquetes suculentos en que figuran muchas ostras, camarones y trufas, puesto que, como hombres de mar, en caso de guerra, estarán preparados a ser héroes, y no han de deber al cálculo el triunfo, lo que deberá a un arranque impetuoso, jental, propio de su ardimiento y de su adivinación, de su inspiración del momento, que es la facultad principal para la victoria.

De esta aplicación de los principios científicos resulta una verdad igualmente ajustada a la ciencia, que nuestra armada ha tenido el honor de poner en práctica, y es que uno de los principales elementos en un buque de guerra es un buen cocinero.

Pero no han de cultivarse solamente las facultades de fuerza, pues merecen también una atención especial las dotes amables, que de lo contrario los marinos nuestro no serían sino entes de fortaleza y no tendrían la cultura propia del papel diplomático que en tiempos de paz compete a la escuadra.

Es sabido que los buques de guerra son enviados a puertos de Estados amigos, donde son una especie de legación flotante, de cuyo personal educación y amable depende el buen nombre del pabellón.

Nada más propio, pues, que en Montevideo los buques de nuestra flota se hayan mostrado tan galantes con las damas que han ido a visitarlos, colmándolas de atenciones y de flechas, lo mismo que a nuestros compatriotas del regreso de Europa que han sido debidamente agasajados con comidas y fiestas a bordo.

Y a este respecto, nada más justo que haber puesto presos a dos oficiales, dos discípulos desaprovechados, que se han resistido a dar el brazo y hacer los honores de la casa a algunas damas que, si acaso no eran de la crema, eran damas al fin.

Debemos felicitarlos, pues, de que nuestra escuadra no sea víctima de la criminal negligencia de los hombres del gobierno, que hace vea varias otras dependencias de la administración se encuentren lastimosamente atrasadas.

LIMA.

Encontramos en el semanario "Perlas y Flores" el siguiente suelto:

"El comercio de Lima y el Callao están amenazados de muerte.

"El ajente de la Compañía alemana de vapores "Kosmos" anuncia por los diarios de esta capital que, a comenzar por el "Luxor" que se esperaba próximamente con procedencia de Europa, los vapores de esa compañía no tocarán mas en el Callao, en atención a las recargadas gabelas que el Gobierno les ha impuesto.

"Otras compañías se preparan a tomar idéntica determinación, y a este paso, la bahía y puerto del Callao quedarán dentro de muy breve tiempo en completa acefalia.

"Las casas importadoras se verán en la dura necesidad de hacer trasladar sus mercaderías, para traerlas en buques de vela al Callao; y tal vez los pasajeros tendrán que seguir la misma suerte.

"El resultado es, pues, que el comerciante sufre un golpe de no poca consideración, y